

SOBRE LA HISTORIA DE LA LITERATURA VASCA: DIAGNÓSTICO Y PERSPECTIVAS

Txuma Lasagabaster

Univ. de Deusto

Abstract*

The purpose of this article is to examine Basque literary historiography and determine the priorities that it should establish for the future. The author begins with observations on the important role linguist Koldo Mitxelena has played in both Basque historiography and Basque literary criticism. The rigor of his writings, and his extensive knowledge of the Basque language and of global culture are evident in his Historia de la literatura vasca (History of Basque Literature; 1960), a text that even today remains an essential reference for any historical examination of Basque literature. The author mentions texts by Michel (1857), Orixe (1927) and Laffite (1941) which, without being literary histories, could nevertheless be considered forerunners of later works. After theoretical ruminations on the trends and debates that have shaped Literary History as a discipline, the author discusses the excessive fragmentation and juxtaposition of data of histories like those of Villasante and Estornes Lasa, as well as the overly mechanical reading of the relationship between literature and society that prevails in Sarasola's history (1971). The article notes the positive influence that methodologies like the Esthetic of Reception have had on recent histories of Basque literature. Although they accurately describe the evolution of Basque literature within Basque society, histories like that edited by Urquizu (2000) continue to suffer from a fragmentary nature and a lack of diachronic vision with respect to previous texts. The author closes by calling for a change of perspective toward an emphasis on the multidisciplinary study of the literary life of the Basque Country.

Aunque es evidente que la aportación más decisiva de Koldo Mitxelena y la que mejor ha contribuido a conformar su personalidad científica y su papel esencial y decisivo en el desarrollo de los estudios vascos en la segunda mitad del siglo XX se sitúa en el campo de la filología y la lingüística, la literatura no fue ajena a su actividad de estudioso y a su insaciable curiosidad de lector.

Si los escritos de Mitxelena sobre literatura —reseñas de libros, artículos, prólogos, etc.— pueden considerarse como textos «menores» en el conjunto de su obra y en comparación con sus trabajos lingüísticos y filológicos, vistos sin embargo en el contexto contemporáneo de la situación de la crítica literaria vasca, adquieren una

* El editor agradece a Mari Jose Olaziregi su ayuda con este abstract.

dimensión, si no nueva, sí al menos más importante y decisiva. De hecho, a lo largo de más de treinta años, Mitxelena no deja de publicar en diferentes revistas del país su visión personal de la literatura vasca a través de las reseñas de libros de autores vascos, tanto clásicos como modernos, pero también, y su curiosidad intelectual lo hace necesario y lo explica, escritores de otras literaturas. Junto a Etxepare, Axular u Oiherart, Lizardi o Txillardegui, Cela y Oscar Wilde, Tchajov o Paul Claudel. La sección de libros de la revista *Egan* en los años cincuenta y sesenta, se alimenta fundamentalmente de las acertadas y sensatas opiniones y aportaciones de Koldo Mitxelena, en sus breves pero enjundiosas reseñas; lo mismo podría decirse de sus colaboraciones en *Zeruko Argia*, *Anaitasuna* o *Deia*. Es decir, en una historia de la crítica literaria en euskera, entre los años cincuenta y ochenta, la figura de Koldo Mitxelena es decisiva; y más que por la cantidad de las páginas que a la literatura dedica el autor —nada despreciable por otra parte, si tenemos en cuenta que en Koldo Mitxelena, *Euskal idazlan guztiak*, de la colección *Klasikoak* nada menos que seis volúmenes recogen sus trabajos sobre literatura—, por el excepcional conocimiento del euskera que sirve de base a su análisis de los textos literarios, por la serena lucidez de sus juicios, y por la excepcional cultura desde la que Mitxelena hace su crítica literaria.

Sin embargo, la aportación más importante de Koldo Mitxelena, por lo que a los estudios literarios se refiere y la que nos va a ocupar en la primera parte de nuestra intervención, es su *Historia de la literatura vasca*. Este trabajo, en su primera versión, apareció en 1958 como un capítulo del tomo V de la monumental *Historia de las literaturas hispánicas*, dirigida por Guillermo Díaz Plaja. Dos años después fue editado como libro y publicado por la editorial Minotauro. Y últimamente, en 1988, la editorial Erein ha dado a luz una segunda edición de la *Historia de la literatura vasca*. Como se afirma en una nota preliminar de la editorial, Mitxelena habría deseado que esta reedición hubiera llevado un anexo que completara cronológicamente el período de la literatura vasca que había quedado sin tratar en la edición del año 60; la muerte de Koldo hizo imposible este deseo, pero la editorial Erein ha tenido el acierto de poner al alcance del lector interesado una obra que, más de cuarenta años después de su publicación, no ha perdido ni rigor, ni vigencia.

Porque no sería demasiada exageración decir que la historiografía literaria vasca está hoy, sustancialmente, en el punto en el que en su tiempo la dejó Koldo Mitxelena. Es ésta, sin duda, una afirmación que exige ser matizada, y eso es lo que pretendemos hacer con estas reflexiones. Es verdad que hoy contamos con un conjunto importante, al menos cuantitativamente, de historias de la literatura vasca, hechas en bastantes casos desde metodologías supuestamente diferentes y con tratamientos en la órbita, teórica al menos, de las nuevas metodologías vigentes hoy en el panorama de los estudios literarios. El resultado ha sido casi siempre más bien decepcionante, no tanto como registro del dato literario empírico, cuanto como diagnóstico sobre el devenir de la literatura vasca y el sentido de su evolución. Por todo esto, la *Historia de la literatura vasca* de Mitxelena, además de ser la primera cronológicamente, sigue siendo no sólo el punto de partida, sino la referencia imprescindible para toda reflexión histórica sobre nuestra literatura.

Aunque, a mi entender, no son «historias de la literatura vasca» en el sentido propio del término, sí habría que citar, siquiera como antecedentes, algunos textos en los que sus autores evidencian una incipiente conciencia histórica ante el hecho

literario vasco y marcan una primera aproximación al mismo, si no global, sí de algún modo general.

En primer lugar habría que citar la conocida obra del vascófilo francés Francisque Michel, *Le Pays basque. Sa population, sa langue ses moeurs, sa littérature et sa musique*, publicada en París en 1857. Es verdad que el autor hace aquí un trabajo más de bibliófilo que de historiador, pero siempre sobre la base de una amplia erudición literaria, aunque mediatizada en ocasiones por el hecho de que el autor no pudiera utilizar directamente las fuentes euskéricas. Su mérito está sobre todo en que se trata de la primera reflexión general sobre la literatura vasca.

No se puede olvidar tampoco el trabajo publicado por Orixe en la revista *Euskal-Esnalea*, en 1927, con el título *Euskal literaturaren atze edo edesti laburra*. Uno de los elementos más destacables, y discutibles también, de este estudio de Orixe es que la organización de ese breve recorrido por la literatura vasca no se hace por regiones, dialectos o siglos, sino por autores; pero con una particularidad: que Orixe no se limita a un mero elenco cronológico de escritores, sino que éstos se agrupan en torno a tres grandes figuras —él las denomina «guraso»— y que son Axular, Larramendi y Arana Goiri. Aparte del sentido histórico y la agudeza crítica de muchos de los juicios de Orixe —Michelena, por ejemplo, lo ha recogido a propósito de Oihenart— se trata de una propuesta fundamentalmente sólida y sobre todo sugerente.

Por fin, no se puede dejar de citar el breve libro de Pierre Lafitte, *Le basque et la littérature d'expression basque en Labourd, Basse-Navarre et Soule*, se trata de una conferencia pronunciada por el autor en el Museo Vasco de Bayona, en abril de 1941. A pesar de lo esquemático del trabajo, Lafitte intenta de una manera bastante seria situar su interpretación del hecho literario vasco y su desarrollo —circunscrito, como el título lo indica, a los escritores de Ipar-Alde— en el contexto histórico-social correspondiente.

La historia de la literatura, como una disciplina sistematizada y con un objeto formal específico que la distingue de otras disciplinas cuyo objeto material es también la literatura —la teoría y la crítica literaria— no surge en realidad hasta bien entrado el siglo XIX, como expresión de la mentalidad romántica imperante y con unas características que se corresponden con dicha mentalidad. Toda nación, en el sentido en que a partir del siglo XVI se configuran en Europa los «estados nacionales», se define por una lengua, que es la expresión máxima del llamado «espíritu nacional» —el «volksgeist» de los románticos alemanes— y por una literatura «nacional», que es la materialización paradigmática del espíritu de la lengua y del pueblo que la utiliza. Las historias de la literatura que surgen en esa época son historias «nacionales» de literaturas que son también «nacionales».

Literatura y lengua están así estrechamente unidas, unidad que es más evidente en el caso de la literatura vasca, por la situación diglósica y la marginación socio-cultural del euskara frente a las lenguas mayoritarias —español y francés— entre las que trata de sobrevivir. En realidad, la historia de la literatura vasca es, hasta época reciente, la historia de lo escrito en euskara y la modernización de la literatura vasca puede verse y explicarse como un proceso de recuperación de la autonomía de lo literario frente a la lengua.

Robert Escarpit, en su *Histoire de l'histoire de la littérature* (1958), habla de una «prehistoria» de la literatura —que iría desde la antigüedad griega hasta los siglos XVI o XVIII, donde conceptos como los de «historia» o «literatura» no tienen ni mucho menos el sentido moderno que más tarde adquirieron. Habría luego, siempre según Escarpit, una «protohistoria» literaria, que se extiende hasta 1800 y se caracteriza por una conciencia cada vez mayor de la complejidad de lo literario.

Pero es sin duda Mme. De Staël (*De la littérature considérée dans les relations avec les institutions sociales*, de 1801) o los primeros románticos alemanes los que manifiestan ya una conciencia epistemológicamente clara de la naturaleza del fenómeno literario y de su dimensión histórica. Sin embargo, la historia de la literatura, como la historia «tout court», nace bajo la impronta del positivismo científico decimonónico (Taine, Brunetiére, Lanson...) y de su voluntad de llevar a la historia literaria los métodos de las ciencias positivas, a partir del postulado de que también la literatura, en su devenir histórico, está sometida al determinismo de las grandes leyes científicas.

Y es entre todos el francés Hipólito Taine, en el prólogo de su *Historia de la literatura inglesa*, el que ofrece la teoría más sistemática para el estudio «socio-histórico» de la literatura, que estaría condicionada en su devenir por factores sociales determinantes, como son la «raza», el «momento histórico» y el «medio».

Pero todos los intentos de acceso al estudio histórico de la literatura desde las claves del positivismo decimonónico han dado como resultado una historia literaria meramente yuxtapositiva y fragmentaria, donde la acumulación exhaustiva casi de los datos empíricos no logra ocultar la ausencia de una vertebración estructurada de la evolución literaria y de la orientación de su devenir histórico.

Esta consideración positivista y empírica del dato literario es la que ha regido también en gran medida y en la mayoría de los casos en la historiografía literaria vasca; aunque es de justicia señalar también algunos elementos renovadores que, partiendo de corrientes últimas de teoría y crítica literarias, han intentado poner al día, al menos desde un punto de vista metodológico e interpretativo, el estudio histórico de los hechos literarios.

Las historias que siguen a la escrita por Mitxelena, más que historias propiamente dichas, son por lo general «materiales» para una historia de la literatura vasca. Un ejemplo manifiesto lo podemos tener en la *Historia de la literatura vasca* del P. Villasante o en la más monumental, preparada por Bernardo Estornés Lasa para la sección de «Arte, Lengua y Literatura» de la *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*. Hay una acumulación, exhaustiva casi, de los datos empíricos: autores, catálogo de obras, fechas, etc, incluso, en el caso de esta última, una breve antología de textos especialmente importantes; pero falta una reflexión que vertebre esos datos, que convierta la mera yuxtaposición cronológica de autores y de obras en historia, que haga de los textos literarios y de su diacronía un sistema; y que permita descubrir que existen unas leyes, o mejor, unos «modelos» con los que debe ser posible explicar el sentido de la evolución de ese sistema literario, en el interior del sistema social.

En la *Historia de la literatura vasca* de Mitxelena no hay propósitos innovadores, en cuanto a la metodología y a los conceptos operatorios utilizados. El valor está en el rigor con que son tratados autores y textos, una periodización de la his-

toria literaria vasca que, pese a su carácter provisional, está hecha generalmente con rigurosidad —digamos, de paso, que es ésta de la periodización una de las cuestiones más importantes y menos resueltas en nuestra historia literaria— y una conciencia clara en el autor de las limitaciones que tiene en el mismo punto de partida, a la hora de plantearse una historia de la literatura vasca. El mismo lo confiesa en la nota al lector:

A pesar de la reincidencia, estoy muy lejos de ser un especialista en historia literaria, aunque esto se limite a la literatura en lengua vasca. Como lingüista he solido atender preferentemente en los textos a aspectos que tienen muy poco que ver con su valor literario

Señalemos, por fin, otras dos características que resaltan la vigencia que sigue teniendo en la actualidad la *Historia* de Koldo Mitxelena: por un lado la contextualización de los datos específicamente literarios en un sistema cultural más amplio, expresado generalmente a través de las mediaciones lingüísticas, por medio de lo que el autor, seguramente con excesiva humildad, denomina «digresiones» y, por otro, la utilización, a la hora de medir la literatura vasca, de «medidas de curso internacional, las mismas poco más o menos que se emplean para justipreciar las literaturas de los pueblos occidentales»

Es una cuestión que tiene estrecha relación con la señalada más arriba de la periodización de la literatura vasca. Porque, a este propósito hay que evitar dos extremos igualmente perniciosos. Por una parte, una excesiva «endogamia» en la explicación de la vida literaria vasca, un excesivo énfasis sobre su «exotismo» y singularidad, que hace inútil, por no decir imposible, la confrontación con sistemas literarios más desarrollados; la insistencia en la singularidad no deja de ser sospechosa, porque a veces puede convertirse en una forma de enmascarar la mediocridad real de nuestra literatura; pero, por otra parte, tampoco resultaría legítima una mecánica extrapolación a la literatura vasca de los modelos operatorios vigentes en literaturas más desarrolladas, aunque, a decir verdad, y luego insistiremos en ello, la literatura vasca, al menos en el nivel de la creación, está hoy funcionando según los parámetros literarios vigentes en las literaturas occidentales.

El positivismo que alumbra el nacimiento y primer desarrollo de la historia de la literatura da pronto paso, como no podía ser menos, a nuevos planteamientos que, desde teorías y estrategias críticas renovadoras, tratan de superar el plano empirismo de la etapa anterior.

Estos mismos intentos los vamos a encontrar, aunque más tardíamente, en algunas historias de la literatura vasca que van surgiendo con los años y que responden por una parte a la voluntad de una superación del dato empírico bruto que había caracterizado la etapa anterior y a poner nuestra historia literaria, desde el punto de vista teórico y crítico, en la órbita de la historia de las grandes literaturas occidentales.

Dos son los modelos teóricos y metodológicos fundamentales con los que se trata de superar y sustituir la visión positivista y meramente empírica de la historia literaria. Ya desde comienzos del siglo XX, marxismo y formalismo reaccionan frente a la interpretación positivista decimonónica de la historia literaria con explicaciones encontradas y aparentemente irreconciliables del devenir de la literatura.

Para el marxismo, la evolución de la literatura es objeto, más que de una historia específica propiamente dicha, de una sociología histórica, ya que la creación literaria, como cualquier otra praxis superestructural, está determinada por la infraestructura económico-social y, en última instancia, por la dialéctica de la lucha de clases. Pero el marxismo, fuera de algunas excepciones, no cae en una interpretación reduccionista de la relación producción literaria-producción económica, sino que da gran importancia a lo que denominan las «mediaciones» —Engels es muy explícito a este respecto— y habla explícitamente de la «autonomía relativa del arte».

Sin adscribirse de manera explícita a una interpretación ortodoxamente marxista de la historia, es evidente su influencia en una nueva visión de la historia de la literatura, que se ha traducido en muchos casos en la llamada «historia social de la literatura», contextualizando el dato literario y su devenir en la evolución histórica general y obedeciendo a sus mismas leyes.

También la literatura vasca tiene, como no podía ser menos, su «historia social», debida a la pluma del conocido lingüista y crítico literario Ibón Sarasola (*Euskal literaturen historia*, 1971). A Sarasola hay que reconocerle el mérito de intentar renovar la historiografía literaria vasca, adscribiendo su evolución al devenir histórico general y a partir de los dinamismos infraestructurales de la sociedad.

No hay duda de que el ensayo de Sarasola es interesante e higiénico, a pesar de, o precisamente por, su «heterodoxia». Había que hacer una historia social de la literatura vasca, en un intento de superar lecturas planas y meramente empíricas de nuestra historia literaria y ayudar a desmontar visiones demasiado ingenuas, beatíficas y provincianas de nuestro presente y sobre todo de nuestro pasado literario. Sin embargo el estudio en general adolece de una lectura demasiado mecánica y en el fondo de «reflejo» de la relación literatura-sociedad, limitaciones que apenas se corrigen con las matizaciones, notas a pie de página o ampliación de la última parte del trabajo, que se han añadido a la versión castellana, la cual el autor ha titulado precisamente *Historia social de la literatura vasca* (Madrid, 1976).

En el otro extremo de la teoría marxista sobre la literatura y su historia, se sitúa la interpretación formalista, que defiende una explicación inmanente y autónoma de la evolución de la literatura, como resultado de leyes específicas internas propias del sistema literario. La explicación formalista y su desarrollo posterior en la teoría y la crítica estructuralista se hace visible, siquiera parcialmente, en algunas de las historias de la literatura vasca escritas en estos últimos años. La visión sistemática, y sintagmática, de los textos en su singularidad y en el conjunto del sistema literario, es una adquisición definitiva de la interpretación estructural, opuesta diametralmente a la lectura meramente yuxtapositiva y fragmentada que había venido haciendo tradicionalmente el positivismo.

Por fin, este panorama teórico sobre la historia de la literatura tendría que ser completado con una alusión, siquiera breve, a los planteamientos novedosos que, desde la llamada «Estética de la recepción» y fundamentalmente en las tesis de Hans Robert Jauss, se han hecho últimamente, proponiendo una historia de la literatura, una especie de «tercera vía», entre el ahistoricismo de la explicación formalista y el reduccionismo histórico de la teoría marxista, incorporando a la ciencia de la literatura, como objeto formal específico, el proceso de la recepción literaria. Como el propio Jauss señala: «La historicidad de la literatura no se basa en una rela-

ción establecida «post factum» de hechos literarios, sino en la previa experiencia de la obra literaria por sus lectores».

Es evidente que esta nueva —o novísima— historia de la literatura es acorde con la importancia que en los estudios literarios ha adquirido últimamente la pragmática. Y es evidente también la dificultad que comporta una historia de la recepción literaria, sobre todo para épocas de la literatura alejadas en el tiempo.

Pero si el marxismo tuvo el acierto de poner de relieve la importancia del contexto socio-histórico en la producción de la literatura, y el formalismo la ineludible validez de los análisis inmanentes de los textos literarios, la estética de la recepción añade a estas dos visiones una tercera fundamentada en el receptor, que tanta importancia está teniendo hoy en el panorama de la poética y de la crítica literaria.

Esto no quiere decir en modo alguno que en el caso de la literatura postulemos una especie de sincretismo histórico que se limite a combinar mecánicamente elementos tomados a discreción de estos diferentes modelos de interpretación.

La historia —o las historias— de la literatura vasca que hoy se están haciendo no son ajenas a estas nuevas propuestas teóricas y metodológicas que acabamos de señalar. Pero en el caso vasco se hace necesaria alguna matización. La historia de la literatura vasca se ha resentido siempre de la falta de una base teórica y crítica mínimamente sólida sobre la que asentar luego una reflexión específicamente histórica.

El estudio de la literatura se asienta sobre tres pilares fundamentales: la teoría literaria o poética —la «ciencia de la literatura», como se tiende a decir, a partir del formalismo—, es decir las bases teóricas generales del hecho literario; en segundo lugar la crítica, esto es, el estudio concreto de los textos a partir de los modelos operatorios que la teoría literaria pone a disposición del crítico; y por fin, la historia de la literatura, es decir, el estudio específico de la literatura en su devenir histórico, entendido no como mera sucesión cronológica de autores u obras, sino como un sistema que en su diacronía obedece a leyes o principios perceptibles y descriptibles.

La historia de la literatura es también en buena medida historia de las ideas y del pensamiento, historia de la sociedad y de la cultura. Pero la historia literaria debe estar construida fundamentalmente sobre la base de unos materiales teóricos y críticos que hagan posible y den solidez a la descripción e interpretación del devenir del sistema literario en el tiempo.

En el caso vasco hay que señalar la ausencia casi total de reflexiones poéticas generales sobre nuestra vida literaria y de monografías críticas sobre obras y autores, lo cual hacía especialmente difícil el trabajo del historiador, que debía ser al mismo tiempo teórico y crítico de las obras literarias cuyo desarrollo histórico debía describir.

Afortunadamente, la situación ha ido cambiando y aunque la bibliografía crítica sobre literatura vasca no sea hoy todavía especialmente abundante, sí es preciso señalar un factor que ha hecho cambiar de forma cualitativa la situación. Nos referimos claro está a la creación, dentro de la Facultad de Letras de las Universidades del País Vasco —tanto la universidad pública, como la privada de Deusto, en sus sedes de San Sebastián y Bilbao— de las especialidades de Filología Vasca.

Esto ha permitido no sólo la enseñanza de los estudios literarios vascos a nivel universitario, sino, lo que es más importante para lo que aquí estamos tratando, el

hecho de que se ha abierto un campo de investigación dentro del trabajo universitario, en el que la lengua y la literatura vasca han tenido una posición y unas posibilidades que hasta entonces nunca habían existido. Tesinas de licenciatura y sobre todo tesis de doctorado han permitido la realización de trabajos de probada seriedad y solidez científicas sobre nuestros escritores más importantes, tanto clásicos como modernos: Etxepare y Axular, Orixe y Lizardi, Lauaxeta y Aresti, Atxaga o Saizarbitoria; al mismo tiempo, estas monografías, realizadas en el marco de la universidad y de acuerdo a las exigencias científicas de tesis doctorales en su mayoría, son en sí mismas un dato nuevo en el panorama de nuestros estudios literarios en los últimos años y constituyen además una base fiable para la reflexión ulterior del historiador de la literatura vasca.

Pero hay un dato que quiero señalar y que me parece especialmente significativo desde la perspectiva que aquí nos interesa. Y es la variedad y hasta la riqueza metodológica y crítica desde la que estos estudios están planteados y resueltos. El avance es importante, también para el historiador de la literatura, porque le permite situar la reflexión sobre la evolución y el devenir de la literatura vasca a partir de datos rigurosamente verificados y tratados desde modelos operatorios en la línea muchas veces de las corrientes más actuales en el panorama general de los estudios literarios.

Ya he aludido más arriba al tratamiento de la historia de la literatura vasca desde una perspectiva fundamentalmente social —una historia social de nuestra literatura— o a la huella patente que en la moderna historiografía literaria vasca han dejado, en el tratamiento de los textos concretos, modelos inmanentes como el estructuralismo o la semiótica.

Ahora, como un dato positivo más de un acceso metodológicamente moderno a nuestros textos literarios, quiero referirme de modo más concreto a algunos estudios que me parecen especialmente interesantes y enriquecedores de nuestro panorama crítico. No se trata en muchos casos de historias de la literatura, ni de estudios parciales planteados específicamente desde una perspectiva propiamente histórica; pero en cualquier caso denotan en sus autores, además de un conocimiento de las nuevas corrientes de crítica literaria, las nuevas posibilidades que se abren al estudio crítico de nuestros textos y autores.

Así contamos hoy con estudios, pocos todavía pero serios, hechos desde la estética de la recepción o desde la crítica feminista. Y un dato que me parece especialmente relevante, y que no es una mera concesión a la moda crítica: la relevancia que en el estudio de los autores y de los textos está adquiriendo en algunos críticos universitarios la llamada «intertextualidad».

Hubo un momento, ya superado por fortuna, en que la reflexión sobre la literatura vasca desembocaba inevitablemente en la lengua y en lo que los textos literarios aportaban a la defensa, conservación y enriquecimiento del euskera. Es el tiempo en que, por circunstancias socio-lingüísticas, culturales y hasta políticas, la literatura funcionaba como una real «ancilla linguae». Pero la literatura, sobre todo desde la perspectiva de la creación, ha ido recuperando la autonomía que le corresponde como sistema estético en el interior de la vida social y la literatura vasca deja de servir a otras instancias, por legítimas que éstas sean y pasa a servirse a sí misma. No se trata en este caso de una caída en lo que podríamos llamar «esteticismo» y mucho menos en la famosa y superada «teoría del arte por el arte». Se

trata simplemente de que la literatura vasca se afirma y se reconoce cada vez con mayor lucidez como un sistema semiótico específico y autónomo, distinto por tanto del sistema lingüístico, en el interior del sistema semiótico general de la cultura de un pueblo.

Este proceso de progresiva autonomía de la literatura vasca está suponiendo, como correlato necesario, la multiplicación, el enriquecimiento y la universalización de las claves de referencia intertextuales en que hoy está funcionando la literatura vasca. Hoy no aceptaríamos que un novelista empezara una novela, como lo hace Txomin Agirre, en su *Auñemendiko Lorea*, con estas palabras: «*Nere irakurle euskaldun maitea*». Las relaciones pragmáticas que todo texto literario establece entre el autor y el lector, y no sólo el lector implícito, sino también el real, funcionan en la literatura vasca actual con unos sistemas de referencia, no sólo literarios, sino también culturales, equivalentes a los de las literaturas desarrolladas de nuestro entorno.

Este es el nuevo marco, o el nuevo territorio, de la literatura vasca contemporánea; y los críticos actuales —algunos, al menos, estoy pensando en Jon Kortazar en poesía o en Iñaki Aldekoa o Marijose Olaziregi en narrativa—, son plenamente conscientes del fenómeno, que se está haciendo eficazmente presente en sus trabajos. Naturalmente, no se trata de trabajos de historia de la literatura vasca en el sentido propio del término, aunque Olaziregi sí ha escrito un lúcido estudio «*Cien años de novela vasca*», que es en realidad una historia de la narrativa escrita en euskera a lo largo de una corta historia que comienza en los finales del siglo XIX.

Pero lo que sí queda claro es que hoy el historiador de la literatura vasca tiene en el punto de partida unos materiales críticos cada vez más numerosos y ricos, y sobre todo, más en consonancia con las tendencias actuales en la crítica literaria.

Y esta es en última instancia la perspectiva desde la que se ha pretendido hacer la última historia de la literatura vasca aparecida hasta el momento. Nos referimos a la *Historia de la literatura vasca*, planificada y dirigida por Patri Urkizu y publicada por la Universidad Nacional de Educación a Distancia en el año 2000.

Se trata de una obra colectiva, más que de un trabajo en equipo propiamente dicho, ya que los autores de los diferentes capítulos de que consta esta *Historia de la literatura vasca* son especialistas reconocidos en sus diferentes campos, bertsolarismo, poesía y novela, ensayo y teatro. El propio Patri Urkizu se ocupa del período que va desde la literatura oral hasta la literatura escrita entre los siglos XVI y XIX, así como del último capítulo, que es el correspondiente al teatro vasco del siglo XX.

Los diferentes capítulos —siete, exactamente— de que consta esta nueva *Historia de la literatura vasca* van precedidos de sendas introducciones históricas, cuya pretensión es, como señala el director, dar «las coordinadas sociales, políticas y culturales pertinentes, para poder «contextualizar» adecuadamente o por lo menos mínimamente los fenómenos de los textos vascos correspondientes».

Lo que ocurre es que estas introducciones históricas quedan a menudo demasiado despegadas del capítulo correspondiente y no pasan de ser una información objetiva y rigurosa, eso sí, pero que apenas es integrada en la reflexión o la descripción propiamente literaria a la que acompañan.

Es importante, por supuesto, conocer el marco histórico y hasta social y político en que se inscribe la actividad literaria de los escritores vascos, así como las coordenadas culturales que pueden hacer más fácil y completa la comprensión de los tex-

tos. Pero el peligro de una yuxtaposición demasiado mecánica de ambos elementos deja lo que es propiamente historia de la literatura reducido a una construcción exhaustiva si se quiere, pero que sigue sin superar suficientemente el nivel empírico de las historias de la literatura vasca tradicionales.

Pero no seríamos justos si nuestro juicio sobre esta *Historia de la literatura vasca* de Patri Urkizu se redujera a estos aspectos negativos.

Es una historia «distinta» que obedece a una visión, más teórica que práctica, si se quiere, de la literatura vasca no sólo diferente, sino superadora de buen número de las limitaciones que a propósito de otras historias han quedado señaladas. Y esto resulta evidente en los capítulos dedicados a la literatura vasca del siglo XX. Capítulos como «El bertsolarismo del siglo XX al XXI», de Joserra García, o «Un siglo de novela en euskera», de María José Olaciregui son un claro ejemplo de la historia de la literatura vasca que necesitamos seguir haciendo.

Por fin, y como conclusión de estas deslavazadas consideraciones, quiero plantear, siquiera a modo de hipótesis de trabajo, algo que, de manera implícita al menos, se deriva de lo que hasta aquí hemos venido diciendo.

Ya en las primeras páginas de su *Historia de la literatura vasca*, Mitxelena señala que «la lengua vasca no ha llegado a ser en tiempos históricos el medio de expresión total del pueblo vasco». Y ello por la simple razón de que la zona de habla vasca ha sido siempre reducida y ha venido estrechándose en los últimos tiempos.

La expresión literaria de este hecho es que la literatura euskérica no ha sido nunca la única expresión literaria del pueblo vasco. Los vascos han hecho literatura en las diferentes lenguas que se hablan en Euskalerría. Por eso, y para situarnos por encima de polémicas estériles, yo suelo preferir hablar de «las literaturas de los vascos», dejando claro, por supuesto, que la literatura específicamente «vasca» —la «euskal literatura»— es la literatura escrita en euskera; pero «euskal literatura» y «literatura vasca» no se recubren semánticamente. Una vez más habría que citar a Mitxelena, cuando dice:

El término castellano castizo y preciso para designar la literatura en lengua vasca es el de literatura vascongada. Se ha derrochado, sin embargo, tanto celo por hacer inutilizable esa palabra cargándola de acepciones banderizas que no he podido decidirme a usarla.

Se hace necesario, pues, ensanchar las fronteras de lo que hasta ahora está siendo la historiografía literaria vasca; pero no se trata de añadir a la historia de la literatura vasca propiamente dicha unas dosis más o menos importantes, según los casos, de historia de la literatura española o francesa —pensemos, por ejemplo, en la importancia decisiva de escritores vascos en la generación del 98 o en la llamada «poesía social»—. No es el ensanchamiento material de los límites, sino un cambio sustancial de la perspectiva, del objeto formal, lo que está necesitando y de algún modo reclamando la historiografía literaria vasca. No se trataría ahora de hacer una mera historia de la literatura vasca, ni siquiera una historia de las literaturas de los vascos, sino una historia de lo que yo llamaría *la vida literaria en Euskalerría*.

Se trata de una visión multidisciplinar de la historia de la literatura, donde a los tres niveles de una sociología empírica —la producción, la distribución y el con-

sumo en los que funciona la vida literaria en el país—, habría que añadir la inscripción de esa vida literaria en su conjunto en el sistema más amplio de la vida cultural y social. Es un objetivo que por amplio puede parecer hasta difuso; pero junto a la necesidad de profundizar y perfeccionar la historia de la literatura vasca tal como se ha venido haciendo hasta aquí, es también, creemos, llegado el momento de superar el marco de enfoque y proponer como objeto formal de estudio lo que aquí, de modo provisional hemos denominado «vida literaria» y que exigiría una precisión semántica que supera con mucho la finalidad de mi intervención aquí.

San Sebastián, 23 de agosto de 2002
Cursos de Verano de la UPV/EHU

Referencias bibliográficas

- Escarpit, R., 1958, "Histoire de l'histoire de la littérature", en *Histoire des Littératures*, 3, Encyclopédie de la Pléiade, Paris, Gallimard.
- Estornés Lasa, B., 1969-1981, *Historia de la literatura vasca, Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, Arte, Lengua y Literatura, San Sebastián. Auñamendi.
- Francisque Michel, 1857, *Le Pays Basque. Sa population, sa langue, ses moeurs, sa littérature et sa musique*, Paris.
- Lafitte, P., 1941, *Le Basque et la littérature d'expression basque en Labourd, Base-Navarre et Soule*, Bayonne, Librairie, «Le Livre».
- Lasagabaster, J. M., 1983, «La historiografía literaria vasca. Aproximación crítico-bibliográfica», *Mundaiz* 26, 34-52.
- Michelena, L., 1988, *Historia de la literatura vasca*, Erein, Donostia, 2.^a ed.
- Mitxelena, K., 1988, *Euskal idazlan guztiak*, Euskal Editoreen Elkarte.
- Ormaechea, N., «Orixe», 1927, «Euskal literaturaren atze edo edesti laburra», *Euskal Esnalea* XVII.
- Sarasola, I., 1971, *Euskal literaturaren historia*, San Sebastián, Lur.
- , 1976, *Historia social de la literatura vasca*, Madrid, Akal Editor.
- Villasante, L., 1979, *Historia de la literatura vasca*, Editorial Aranzazu, 2.^a ed.